

EL AMOR Y LOS TIEMPOS DEL GOCE

El síntoma fallido por excelencia

Samuel Basz

El amor siempre tuvo un valor crucial para el ser humano.

Este podía, en tanto *parlêtre*, encarar lo imposible de la relación sexual, supliendo la no inscripción de la diferencia sexual en el inconsciente con una fijación alienante al Padre del Nombre, asegurando así el intercambio simbólico en las relaciones de parentesco.

El amor por su padre, en el caso de la histérica, es la subjetivación de una solución fallida frente a la impotencia del saber de amo que el Padre del Nombre produce.

Aún hoy, para vastos sectores de la humanidad las cosas son, tal vez, pre-históricas.

Es cierto que el psicoanálisis no recibe allí ninguna demanda de intervención: lisa y llanamente no hay lugar para la experiencia analítica.

Pero el psicoanálisis, disciplina occidental y moderna, muy tempranamente dio cuenta de modo manifiesto de los impasses de la sexualidad humana; lo que no era tan evidente es que su misma existencia, la del psicoanálisis, tenía en esos impasses su fundamento; por eso no puede considerar al amor sino por medio de múltiples rodeos.

Desde la teoría del narcisismo y la libido objetal a las condiciones universales y particulares que guían la vida amorosa, desde la economía pulsional que revela el uso del fetiche hasta la condición fetichista en la elección de objeto, hay una evidente constatación de que lo que se capta en la experiencia analítica en el orden del amor no es nunca independiente del goce que le concierne.

En este sentido, a mi entender, conviene precisar y acotar el alcance de los tiempos que corren en la estructura sintomal del amor, ya que nunca, para el psicoanálisis, las estaciones del tren del amor fueron sin los tiempos del goce.

Tanto es así que su retorno como sufrimiento en la vida amorosa fue considerado por Freud correlativo de la pérdida del objeto de amor en las mujeres y de la impotencia en los hombres. Estos efectos, privativos de una lógica fálica, son del orden del tener.

Lacan apunta directamente a la economía de goce en el orden del ser, cuando establece la diferencia que adquiere el amor en el macho (forma todo, con el uso del objeto *a* como fetiche), y en la mujer (bajo la forma no todo del Otro tachado como partenaire de su erotomanía).

El psicoanálisis, desde sus orígenes, ilustra los divinos detalles por los que una civilización hace del amor, en el *parlêtre*, una vía de realización de su voluntad de goce.

Es decir que aquí se trata del amor entendido como una modalidad sintomal que mediatiza la voluntad de goce en un saber hacer que promueve un deseo de objeto. Objeto del deseo que recibe, falseado como agalma, el objeto causa del deseo. Se ve bien que si el amor es síntoma mediador para obtener goce a partir del Otro, en esto el amor y el deseo comparten el (*a*) como causa.

Es verdad cuando se trata de la actualidad de la vida erótica, o se apuesta por el síntoma o hay que implicarse en el movimiento circular del discurso capitalista. Esa es la elección forzada que la política del psicoanálisis debe hacer valer como su interpretación pública. Pero a sabiendas que los demonios con que debemos tratar no son mejores que los que trata el mercado con su oferta. Pero es otro el tratamiento.

La palabra es irreductible a la droga, el arte se resiste a ser un *gadget*. Así el chiste, el malentendido, el equívoco, el amor, la contingencia de los encuentros y la angustia del *parlêtre* demandan, intransigentemente, el bien decir.

Lo que parece ambivalencia afectiva, lo que se constata como doblez en el *odioamoramiento*, lo que se capta como estrago, lo que se fija como masoquismo, los sutiles tormentos del amor, su costado sacrificial, los celos, el miedo a la pérdida... ¿acaso son parásitos a eliminar en tanto tales para acceder a la pureza originaria del amor?

Lo que escuchan los analistas es más bien que estos son ingredientes que hacen a su estofa. En esto el amor, como operador sintomal, recibe su propia verdad en forma invertida.

Esta implicación del goce en el amor, como rebote de su propio funcionamiento, esclarece la aparente, y solo aparente, paradoja del desplazamiento del amor en otro modo sintomal -la inhibición- para ponerse en cruz respecto de la siempre peligrosa decisión del deseo.

Es que la homeostasis del principio del placer, que asegura para el organismo el aislamiento del medio circundante, no es compatible con el estatuto del *parlêtre*.

La no relación sexual se realiza como goce del cuerpo, es bien diferente que el principio del placer como homeostasis del organismo.

Mientras la angustia transforma el goce en objeto **causa** del deseo [1], el amor en su carácter sintomal toma esa causa y la hace pasar al objetodel deseo al que apunta. Es en esto que el amor es mediador [2]. Es medio de goce.

En esto el neurótico tiene razón, el amor es necesario; a condición de admitir que el encuentro es contingente.

Las referencias de base en que se apoya esta perspectiva son indicaciones del Seminario 24, en las que Lacan precisa el valor sintomal del amor al padre en la histeria [3], Y hay que agregar que el amor al padre en la histeria se traduce como ambivalencia afectiva en el dialecto sintomental del obsesivo.

Para Lacan, la histérica está sostenida por una armadura que es su amor por su padre [4]. El amor entonces, armadura, sostén.

En "Palabras sobre la histeria" en Bruselas, en febrero del 77, plantea que Freud, y de un modo preciso, estaba guiado y se atenía a la histérica.

En la misma conferencia subraya que "no es por azar" que se implica en los nudos, y que es sorprendente que "por relación a Freud" haya llegado a estas "representaciones nodales" [5].

Lacan no se atenía menos que Freud a la histérica, por eso los nudos; pero el nudo de la histérica es sinthome en tanto amor por su padre. En principio se trata del sinthome pivote de la investigación psicoanalítica, se trata del amor.

1. Miller, J.-A.: "La angustia lacaniana", Paidós, Bs. As., 2007, pág. 88.
2. Miller, J.-A.: Idem anterior, pág. 89.
3. Lacan, J.: clase del 14 de diciembre de 1976.
4. Lacan, J.: Conferencia del 26 de febrero de 1977.